



EL PRECIO DE LA FAMA



**Víctor García Gil
Salvador G. Panadero**

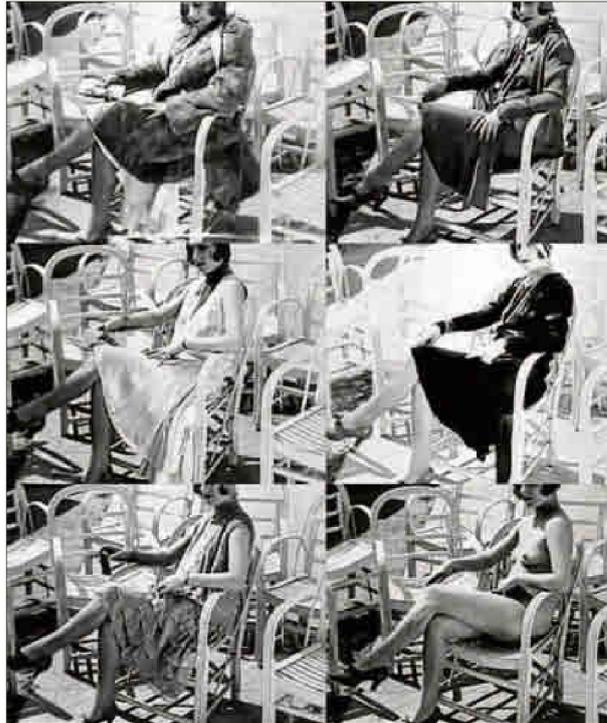
► AUG-Arquitectos SLP

La mirada del urbanista

Hace unos días supimos que el gobierno japonés ha decidido no seguir adelante con las obras del nuevo estadio olímpico, diseñado para las Olimpiadas de Tokio 2020 por la famosa arquitecto **Zaha Hadid**. Desde que su estudio ganó el concurso para proyectar tan emblemático edificio en noviembre de 2012, la polémica había rodeado a este proyecto, considerado por un nutrido grupo de arquitectos japoneses como excesivamente moderno y de enorme impacto sobre el tejido urbano en el que se iba a asentar. Impulsados por **Fumihiko Maki**, una de las principales figuras de la arquitectura japonesa y mundial de las últimas décadas, muchos colegas entre los que se encontraban maestros como **Sou Fujimoto**, **Toyo Ito** y **Kengo Kuma**, firmaron un manifiesto en el que denunciaban –con exquisito gusto– lo «desescalado» que estaba el proyecto destinado a albergar la sede principal de los juegos olímpicos y paraolímpicos y abogaban por «defender el paisaje arbolado de ginkos, el cielo azulado, y el Jingu Outer Gardens».

Finalmente han sido razones económicas las que han determinado, después de desembolsar 45 millones de euros, la imposibilidad de seguir adelante con tan faraónica obra, cuyo coste pasó de ser inferior a los 1.000 millones de euros, a superar ampliamente los 2.240 millones, según el gobierno nipón. Un disparate, vamos. Claro que tan increíbles cifras no parecen afectar en absoluto a la famosa arquitecto, no menos conocida últimamente por el escándalo desatado entorno a las condiciones laborales de los trabajadores que están ejecutando otra de sus obras más conocidas, como es el estadio Al Wakrah, que albergará la Copa Mundial de 2022 en Qatar. Casi un millar de trabajadores indios y nepaleses han perdido la vida durante las obras de dicho edificio, lo cual posiblemente no sea recordado el día de la ceremonia de apertura.

Pero lo que nos interesa en esta tribuna es lo que elegantemente califican nuestros colegas japoneses como «proyecto desescalado», al ser ésta una constante de las obras de muchos arquitectos «de fama y renombre mundial», incluida la propia Zaha Hadid. Incluso profesionales que atesoran el Premio Pritzker, que algunos se empeñan en equiparar al Premio Nobel (en arquitectura), muestran un desprecio incomprensible hacia el paisaje y el entorno sobre el que van a intervenir. Imbuidos de la poderosa fortaleza que les confiere el dominio de una tecnología capaz de arrasar con el pasado y liberar el entorno para sembrar «su creación», sucumben a la erótica de formas sugerentes e imposibles. Cuanto más complicado, retorcido y desafiante a las leyes de la gravedad sea el edificio, más aplausos recibirá por parte de algunos ju-



rados y mayor gloria alcanzarán ellos y los políticos que permiten estos despilfarros. O al menos, ha sido hasta hace no mucho.

En España no nos faltan ejemplos de casos similares, protagonizados por nombres no menos conocidos del panorama internacional, como el francés **Jean Nouvel**, Premio Pritzker 2008 y autor un año antes de un proyecto que pomposamente se llamó *Barrio Avanzado de Toledo*. Mientras que a Zaha Hadid le resulta indiferente que su obra esté en Tokio, en Qatar o en Oslo, a Nouvel se suponía que sí le preocupaba el entorno y de hecho, su obra es bastante más difícil de seguir porque difiere mucho, en unos casos y en otros. Sin embargo, el problema que se suscitó con el *Barrio Avanzado de Toledo* es que no basta con recurrir a un arquitecto mediático y con fama, cuando se trata de concebir urbanísticamente una intervención. Quien puede hacer una obra más o menos «resultona» (requiriendo, eso sí, un presupuesto que se nos niega al resto de los mortales), puede ser completamente incapaz de trabajar como urbanista, como fue el caso; la visión del proyecto del *Barrio Avanzado de Toledo* recuerda más al trabajo de un estudiante de bachillerato, que a la obra de un Premio Pritzker. Este proyecto-chiste, anunciado en su momento a bombo y platillo por el gobierno castellano manchego, quedó en nada y le costó al erario público 600.000 €. En realidad nada, si lo comparamos con lo sucedido en Tokio o con los 2.400.000 € que hubo que abonar a **Santiago Calatrava** por su anteproyecto de Palacio de Convenciones de Castelló.

El precio de la fama, que los políticos

de uno y otro signo siempre han estado dispuestos a pagar, es inconmensurable y puede dejarnos obras sorprendentes, como gran parte de las edificaciones de la antigüedad –empezando por las pirámides de Egipto– o auténticos bodrios de impacto irreversible. Nuestro problema, hoy en día, es la capacidad destructora de la tecnología de la construcción, entregada irremediablemente a la moda de lo extremo, como sucede en el deporte: ya no basta con correr un maratón, hay que acompañarlo de una paliza en bici de cientos de kilómetros y nadar otros tantos. Y así un día y otro también, para poder ser tan extremo como los edificios «desescalados» e impersonales que se erigen por doquier y que conviven difícilmente con el paisaje arbolado de ginkos y el cielo azulado, que poéticamente defienden los maestros japoneses.

El binomio arquitecto/estrella y poder político, en realidad, es tan antiguo como la humanidad, según hemos apuntado y nos ofrece casos llamativos. Recientemente, hemos asistido en Francia a otra polémica suscitada con motivo de la exposición retrospectiva en el Centro Georges Pompidou, dedicada al gran arquitecto, híper-mediático, **Charles-Edouard Jeanneret**, conocido como **Le Corbusier**. Con motivo del cincuentenario de su muerte y para mayor gloria de quien sin duda fue una de las figuras más influyentes de la arquitectura del siglo XX, las autoridades francesas habían preparado una magnífica muestra, en línea con la enseñanza que recibimos quienes estudiamos en las escuelas de arquitectura de los años ochenta. En aquellos tiempos, por mucho que a algunos nos asustaran las devastadoras propuestas urba-

nísticas del genial arquitecto, basadas en la «tabula rasa», ninguno osábamos empañar la figura de aquel ser semi-divino, al que nuestros profesores se referían con la misma devoción que muestran hoy los maestros norcoreanos al mencionar a su amado líder, **Kim Jong-Un**. Pero para desgracia de las autoridades galas, la exposición coincidió con la publicación de dos libros que recordaban la proximidad de Le Corbusier a las ideas nazis y fascistas que dominaron Europa durante algunos años del pasado siglo, incluyendo alguna misiva dirigida a su madre en la que ensalzaba la política del Führer. Claro que esta simpatía era conocida desde hacía tiempo, pero se consiguió ocultar con habilidad para no ensombrecer a quien, por otro lado dejó una obra inmensurable y revolucionaria. Además, si tras algunos conocidos políticos, a nuestros vecinos les recuerdan el pasado colaboracionista de sus grandes íconos, como el propio Le Corbusier o **Coco Chanel** (especialmente al servicio de los alemanes), se les puede atragantar el fofo gras. Aún no se han recuperado de un disgusto, cuando se les anuncia otro.

En realidad Le Corbusier no hizo sino empeñarse en colocar sus proyectos a quien ostentaba el poder, sin importarle el carácter tiránico de sus interlocutores. Así, años atrás había intentado sin éxito vender un proyecto a la Unión Soviética de **Stalin**, como quien acude hoy a un país árabe «amigo», de esos que no se caracterizan por mostrar una especial sensibilidad por los derechos humanos, de la mujer o de los trabajadores. Y aun hemos de felicitarlos porque no consiguiera llevar a la práctica sus teorías urbanísticas, resumidas del siguiente modo: «Pienso, pues, con toda frialdad, que hay que llegar a la idea de demoler el centro de las grandes ciudades y reconstruirlas, y que hay que suprimir el cinturón piojoso de los arrabales». Como expresión de esta filosofía, presentó en 1925 su Plan Voisin para la ciudad de París, un proyecto delirante que hubiera acabado con la ciudad y que el propio ayuntamiento calificó de «bárbaro». Sus ideas en materia de urbanismo, llegaron sin embargo a cuajar en algunos lugares, no tanto de su mano, sino más bien a través de la de sus discípulos, siendo la ciudad de Brasilia la que mejor ilustra esta forma inhumana de interpretar el urbanismo y eso que allí se partía de cero. No en vano, **Steven Pinker** se refiere a ella en su libro *La tabla rasa*, como «un páramo inhóspito que los funcionarios que viven en ella detestan».

Pero esta relación entre los intelectuales y el poder, casi eterna e inevitable, presenta en nuestro caso dos elementos que hieren la sensibilidad. Por una parte y como requisito, está la asunción de que a estos grandes astros no se les aplica la Ley de Contratos del Sector Público, lo que explica que se les pague el precio de su fama y que sus obras se puedan disparar de presupuesto sin que pase absolutamente nada. Y como efecto colateral está el daño irreparable al entorno físico y al humano, excluyendo a cientos de jóvenes arquitectos de cualquier posibilidad de introducirse en el mundo laboral, esquilimado durante años por semejantes prácticas: todo un ejercicio de irresponsabilidad y de agresión a cientos de buenos profesionales anónimos que esperan su oportunidad, a la sombra de las grandes figuras mediáticas.